

Una palabra y un gesto

Al pensar qué compartir en esta mesa redonda, no ha sido difícil encontrar algo que decir sino elegir entre tanto como hay para decir. (Mosaico)

Son muchas las palabras del Papa que tienen fuerza, por su lenguaje llano y comprensible y por el contenido que tienen. Sus palabras están removiendo el suelo que pisa la Iglesia y están golpeando las conciencias.

Por otro lado, Francisco ha resultado ser un hombre capaz de hacer gestos significativos, llamativos, elocuentes. Como decía Pablo D'Ors, sus gestos de acercamiento tienen una gran potencia simbólica.

No son gestos improvisados, que nacen de sobresalto. Lo que no les quita espontaneidad y naturalidad. Los gestos de Francisco dejan ver que nacen de su propia vida, y seguramente eso es lo que les da tanta fuerza: nacen de su modo de vivir la fe, no solo ahora, también en su vida antes de ser Papa. No hay nada que resulte artificial o populista y eso la gente lo capta pronto.

Uno no usa sus zapatos gastados, cuando le ofrecen unos nuevos y especiales, si no está acostumbrado a ello, en el sentido de que tiene una razón para hacerlo. No lo hace si no hay una elección personal anterior. Esto, por poner un ejemplo que me parece muy significativo y del que no voy a hablar. Uno no habla de los pobres como él lo hace, si no los tiene integrados en su vida y en su experiencia, si no cree que el seguimiento a Jesucristo pasa por ellos, para ser auténtico.

He elegido una palabra y un gesto muy sencillos, ambos muy pequeños, también para señalar con ellos algo que Francisco ha traído, y que es un retorno a lo sencillo, a lo natural, a la simplicidad. Su lenguaje y sus gestos están cerca del pueblo, de la gente. Se le entiende, como la gente entendía a Jesús cuando les hablaba del Reino.

Elijo una palabra que dijo primero ante una multitud y que, después, aparece recogida en *La alegría del evangelio*. Me parece profunda y forma parte del programa que Francisco desea vivir y hacer vivir a la Iglesia. Me parece, también, que es una necesidad, sentida hace tiempo, por muchos de los que formamos parte de la comunidad eclesial. Y por último, esa palabra fue para mí, una palabra de alivio y estímulo.

Un día, como tantos, en que una multitud escuchaba y aclamaba a Francisco, él dijo: «menos Francisco y más Jesús». Después, en la exhortación, ha escrito que se produce una desproporción que ensombrece lo importante, lo que debiera estar más presente «cuando se habla más de la ley que de la gracia, más de la Iglesia que de Jesucristo, más del Papa que de la Palabra de Dios», que es Jesús (n 38).

Esta palabra de Francisco me parece especialmente significativa para la vida de la Iglesia y su servicio en el mundo. «Más Jesús» significa empezar la renovación eclesial, que muchos vemos tan necesaria, desde el más profundo centro. Significa poner en Jesús el acento de los cambios que hay que hacer, para que sean realmente evangélicos.

El mismo Francisco, en la exhortación, dice: «El Evangelio es el mensaje más hermoso que tiene este mundo» (n 277). Para vivirlo así en el interior de la Iglesia y para mostrar a los demás que es así, parece imprescindible la vuelta a Jesús, volver a poner a Jesucristo en el centro de todo.

«Más Jesús» es la invitación que hace Francisco, apenas empieza la exhortación: «Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso» (n 3).

Creo que de este «más Jesús» nacen la mayoría de sus gestos y palabras, su elección por la simplicidad, el compartir, el mirar con ojos nuevos y el deseo de servir.

Por todo ello, me quedaría con esta pequeña palabra: «Menos Francisco y más Jesús».

Además, está el alivio personal que me produjo, que creo que habla también de otra situación eclesial a la que estas palabras de Francisco le dicen algo; en sintonía con lo que hace ya bastantes años decía José M^a Mardones, sobre la necesidad de una transformación que pase del énfasis en lo exterior a lo interior, con un cambio institucional radical y un salto en la conciencia religiosa. —Quiero añadir que me parece que este cambio lo inició ya Benedicto XVI.

Por un lado, como algo muy personal, las grandes multitudes que aclaman, siempre me evocan el episodio de la entrada de Jesús en Jerusalén, que todos sabemos cómo termina. Termina mal. Porque las multitudes tienden a mitificar y, por tanto, a falsificar, por muy buena voluntad que pueda existir en ellas. El mismo Francisco se ha mostrado poco proclive a ese tipo de entusiasmos y ha dicho hace muy poco: «No me gustan las interpretaciones ideológicas, una cierta mitología del papa Francisco».

Y, a propósito del dibujo que le hicieron como si fuera un superhéroe, comentó que le parecía ofensivo ser considerado como un superhéroe.

Entiendo que a veces las multitudes son necesarias porque el Papa, el obispo de Roma, acompaña a la Iglesia universal y no puede tener, en muchas ocasiones, pequeñas reuniones.

Aparte de esto, es evidente que hay quienes están incómodos con este Papa, o confundidos. Francisco se mueve en una línea concreta y bastante clara en muchos aspectos, aunque hay cosas que no sabemos todavía el rumbo que van a tomar. Y no solo habla sino que va haciendo ya un cambio, trastocando cosas establecidas, planteando reflexión y reformas en temas importantes y, por tanto, a la vez que genera esperanza en muchos creyentes, y también en alejados, produce intranquilidad en otros.

A mí no me quedan tan lejos otros momentos eclesiales en los que he sufrido con el ministerio de Pedro, en los que he visto que se apuntaba en una dirección que no me parecía la más evangélica o la más necesaria. Momentos en los que, incluso, las determinaciones papales han afectado negativa y concretamente a mi vida personal en la Iglesia.

No vibrar al modo de las multitudes con el Papa no es una falta de eclesialidad o de comunión. No estar de acuerdo con determinadas acciones, expresiones, etc., no significa estar lejos de Pedro. El mismo Francisco ha dicho que busca la discusión, que le intranquilizaría que cuando se reúne con sus obispos, no hubiera discrepancias y fuera todo uniforme.

Y, por decirlo rápidamente, al grupo que más vibra le corresponde mayor apertura y generosidad para acoger y acompañar a quienes se sienten más lejos. Que en otros momentos, algunos no nos hayamos sentido acogidos, no justificaría no hacerlo y, desde luego, no sería evangélico.

Por tanto, que Francisco diga tan llanamente: «menos Francisco y más Jesús», me parece que es, también, un aviso para las euforias, siempre algo estériles, y una mano tendida para quienes, de alguna manera,

desconfían o no ven claro lo que está haciendo. Y, además, evitará revanchas, que son tan contrarias al Espíritu de Jesús. Me parecen unas palabras que generan inclusión.

Elegir un gesto es tanto más difícil que una palabra. Hay algunos gestos puntuales que me han conmovido mucho, como el de Lampedusa. Pero hay un gesto, habitual ya en lo que conocemos de él, que me resulta muy significativo, aunque quizás no es llamativo: es el de tocar a la gente y dejarse tocar. Sobre todo con los enfermos, pero también con la gente, en general.

Me parece un gesto importante porque habla mucho de Jesús. Aparte de que deshace el halo de separación que puede generar su ministerio, creo que es un gesto muy evangélico y que la gente entiende.

Por poca atención que pongamos repasando los evangelios, una de las cosas que más vemos hacer a Jesús es tocar a los enfermos y dejarse tocar por ellos y por la gente. Tocar a los niños. Es una de sus maneras de comunicarse y de revelar quién es Dios. Y, por supuesto, una manera de dar salud, no solo física.

Tocar significa quitar barreras y hacerse próximo. Tocar es expresar la ternura y la misericordia, que es el centro del evangelio, como ha dicho el mismo Francisco. Significa también darse cuenta de lo que sucede alrededor, percibir la necesidad y por ello, ir a tocarla. Y es, además de un gesto de Jesús, un gesto que marcó la vida del santo que ha elegido para rebautizarse. De todos es conocido que Francisco de Asís tocaba y besaba a los leprosos y eso vino a ser un símbolo de lo que haría con su vida.

Por todo ello, me parece un gesto significativo, que ratifica sus propias palabras, que las lleva a la práctica. Que pone de relieve algo tan necesario como es mostrar cercanía, una cercanía real. El Papa, y con él la comunidad de creyentes, tenemos que estar cerca de la gente, tocarla, dejarnos tocar y afectar por los demás, comunicarnos con ellos para transmitir la cercanía de Dios, su cariño y la salud que trae.

3

Me gustaría, antes de terminar, prolongar el gesto del que vengo hablando y hacerlo soñando con un gesto que espero y que todavía no se ha dado. Como sabemos, Jesús tocó a las mujeres, acogéndolas plenamente y transgrediendo las normas. Yo espero de Francisco, también, un gesto que diga algo significativo sobre la situación de la mujer en la Iglesia y sirva para iniciar un camino de transformación.

Algunas palabras de Francisco nos dicen que ciertas puertas permanecen cerradas. Yo pienso que luchar por lo que se cree no significa dar cabezazos contra un muro. Porque puede que el muro ceda, pero también es fácil que sea a costa de muchos traumatismos.

Teresa de Jesús que, por ser mujer, tuvo muchas dificultades, fue capaz de echar abajo algunos muros por otros medios y hacer lo que creía que podía y debía. Ella decía que Jesús había querido y favorecido mucho a las mujeres mientras vivía pero que los jueces del mundo «como son hijos de Adán, y en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa».

Me pregunto qué significará la vuelta a Jesús que propone Francisco, de cara a la mujer en la Iglesia. ¿Qué significa que *es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia* y que las mujeres han de estar *donde se toman las decisiones importantes*? (n 103) ¿Cómo se hará esa *profunda teología de las mujeres en la Iglesia*, que dice es tan necesaria?

Yo espero un gesto que borre las sospechas de las que hablaba Teresa y abra caminos; un gesto que toque a las mujeres como las tocaba Jesús.